

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.
 Un mes..... 1 pesetas.
 Tres meses... 2,50
 Seis meses... 5
 Un año..... 9
 Número atrasado. 50 céntos.
 Número suelto... 15

EL CABECILLA



PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.
 —
 EXTRANJERO.
 —
 Un trimestre... 5 pesetas
 Un semestre... 9
 Un año..... 15
 ULTRAMAR.
 —
 Seis meses... 3,50 pesos
 Un año..... 6

PERIÓDICO MONTARAZ DE PURA RAZA.

(SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS.)

REDACCIÓN.

Cuesta de Santo Domingo, 12, ent.º izq.ª

DIRECTOR GERENTE

D. RAFAEL BALANZÁTEGUI,

AL CUAL SE DIRIGIRÁ TODA LA CORRESPONDENCIA.

ADMINISTRACIÓN.

Cuesta de Santo Domingo, 12, ent.º izq.ª

Hoy, fiesta de San Carlos Borromeo, EL CABECILLA, al felicitar á D. Carlos de Borbón en sus días, consigna el testimonio de que en adelante, como en los inolvidables tiempos de 1869 á 1876, se halla dispuesto á derramar su sangre y arros-trar todos los peligros por la santa causa de Dios, la Patria y la Monarquía legítima y tradicional, puesta al servicio de la Patria y de Dios.

RETRATO DE CUERPO ENTERO.

«DE TODAS VERAS, Y PARA SIEMPRE, ME HE APARTADO, DESDE EL 21 DE ABRIL, DE LA VIDA POLÍTICA.»

(Carta del Sr. Nocedal á D. A. Aparisi y Guijarro en 1872.)

¿QUIÉN ES EL TRAIADOR?

Aquí está sucediendo una cosa que tiene mucho chiste. Carlistas de toda la vida, en quien todo el mundo reconoce sobradas condiciones para haber alcanzado una posición brillante en cualquiera de los partidos liberales, y que, por convicción y por conciencia, lo han sacrificado todo en aras de una causa que era la causa de sus padres, son pública y oficialmente marcados con un sello de ignominia, con el sello de la traición, sólo porque están persuadidos de que don Cándido Nocedal ni puede ni quiere hacer más que llevar á ruina inevitable y vergonzosa al gran partido carlista.

Dícese á los calumniadores que prueben su aserto, y contestan con una sarta de desvergüenzas ó de disparates.

Se les compele á que delaten siquiera el precio de la traición; á que demuestren cuándo, cómo y dónde se vendieron á Cánovas ó se entendieron con Pidal, ¡y nada! : manotean, gesticulan, alborotan, difaman: pero no pueden probar que ninguno de esos pretendidos traidores haya recibido ó reciba en la actualidad un solo maravedí de las arcas del Tesoro.

Ellos, en cambio, con muy raras excepciones, van todos los meses á cobrar la nómina del gobierno liberal, habiendo entre ellos más de uno que ha percibido de una vez cuatro mil y pico de duros por los sueldos devengados durante su permanencia en el campo carlista; y esos tales, que no han perdido ni un solo maravedí de su sueldo por servir á D. Carlos, y que hoy se dan tono de ex-generales y ex-ministros, esos se llaman íntegros, fieles é inquebrantables, mientras nosotros, pobres ramplones que no hemos dejado de ser nunca lo que somos hoy, pasamos plaza de apóstatas y traidores.

¿No es verdad que esto tiene muchísima gracia? Pues hay más todavía. El ilustre descendiente de los ilustres Capetillos, que mueren á lo mejor en olor de

santidad, y que es uno de los que más cobran, y, por consiguiente, de los que más alardean de su lealísima integridad, está haciendo lo que ningún español se atrevería á hacer sin que á las veinticuatro horas estuviera ya en camino de Fernando Póo.

Por muchísimo menos fuimos nosotros durante la revolución atropellados, perseguidos y encarcelados. Por muchísimo menos se ha hecho sufrir á los buenos carlistas todo género de martirios.

Y lo que hace ese ilustre personaje es nada menos que manifestar la existencia de un estado político dentro de otro estado político; de una autoridad pública dentro de otra autoridad pública, mandando muy seriamente desde la plazuela de Trujillos, lo mismo que puede mandar el ministro de la Gobernación desde la antigua casa de Correos.

Y no se contenta con dar órdenes y decretos en nombre de D. Carlos (lo cual bastaría para que á cualquier cristiano de buena raza lo echaran á las Marianas), sino que, además, ha tenido la avilantez inaudita de pasar lo que él llama una revista de honor, arrancando las firmas á una porción de personas que jamás—entiéndase bien—que jamás se han comprometido en ningún asunto relacionado con la causa carlista, y que ahora entregan su nombre á la publicidad, como si estuvieran seguras de que nadie las ha de molestar para nada.

Entre esas firmas las hay de militares caracterizados, como el general Palacios, por ejemplo, que, si ha estado dispuesto siempre á salir al campo, no lo ha estado nunca hasta ahora á dar la firma, ni á comprometer su nombre, precisamente por las persecuciones de que fué objeto cuando no pensaba en ser amigo de Nocedal.

Otros están sirviendo al gobierno como jefes ú oficiales de ejército, ó empleados públicos, y tampoco tienen reparo en mostrar su adhesión pública á Don Carlos y á su representante, haciéndose tan celosos predicadores del principio de autoridad, que no parece sino que ellos han hecho alguna vez caso de lo que D. Carlos ha mandado, ni respecto de la lucha electoral, ni respecto de la lucha armada.

¿Qué fenómeno es este tan extraño, que no hemos presenciado nunca en España hasta que Nocedal se ha titulado carlista? ¿Qué misterio hay aquí tan hondo, que se escapa á la penetración del más conspicuo?

Diera D. Carlos sus poderes á Villoslada, al marqués de Cerralvo, á Orgaz, ó á cualquiera otro que no fuera Nocedal, y si se atrevía á pasar esa revista de honor, ó á hacer alarde de su representación para dirigir al partido carlista, en vez de dormir aquella noche en su casa, dormiría tranquilamente en el Saladero como un simple mortal. Esto es tan seguro, que ningún hombre de buena fe se atreverá siquiera á ponerlo en duda.

Hace el Sr. Nocedal todas esas cosas: manda y recibe telegramas carlistas, ampara con su autoridad escritos de algún Prelado *in partibus* en que se proclama el deber de la obediencia ciega á D. Carlos y á su representante, ni más ni menos que si hubiéramos triunfado ya, y los liberales todos, desde el presidente del Consejo de ministros hasta el último gacetillero, celebran la gracia, y dejan que corra la bola alegremente, como si estuvieran en el secreto de esta inexplicable maniobra.

¿No es esto digno de llamar la atención de todos los

buenos carlistas? Y si á esto se añade que el Sr. Nocedal gozaba en tiempo de la guerra de la misma inviolabilidad que hoy nos pasma, viviendo tranquilamente en Madrid, mientras se desterraba y se embargaba hasta los gatos que tuvieran algo de carlistas, ¿no es para sospechar que si hay alguna traición clara, evidente y horrorosa, no es por cierto la de los que seguimos tan desligados y aborrecidos de los gobiernos liberales como siempre, sino la de los que hacen como que desafían al gobierno con su carlismo rabioso, y reciben, sin embargo, el sueldo que el gobierno les paga puntualmente?

¿Quién es aquí el traidor? ¿El subvencionado y el impune *de siempre*, ó los que ni hemos sido nunca subvencionados, ni nos hemos llamado nunca carlistas impunemente?

Suplicamos á nuestros lectores que mediten con algún detenimiento este singularísimo tema, y de fijo sacarán de la meditación provechoso y saludable fruto.

Nuestro querido amigo el Sr. D. Valentín Gómez nos remite la siguiente carta que gustosos insertamos:

Sr. Director de EL CABECILLA.

Mi estimado amigo: Veo, por lo que V. me ha dicho, que el *Rigoletto*, en cuya lectura no pierdo jamás el tiempo, me honra con sus ataques en estos últimos números, suponiendo que yo puedo descender á combatirle.

Sabe V. demasiado que yo no gasto mi humilde prosa en combatir á nadie más que al Sr. Nocedal, á quien le juzgo único causante de todas nuestras desdichas. Pero si el *Rigoletto*, creyéndome autor de ataques que á él le molestan, se empeña en continuar por el camino que ha emprendido respecto de mí persona, desde luego le autorizo para que siga hasta que se cause. Sólo que, antes, debo hacerle algunas advertencias.

En todo lo que se refiera al tiempo en que yo dirigí *El Cuartel Real*, cuide de no deslizarse mucho, porque pudiera lastimar á quien sí le tiene obligación de defender. Yo acepto la responsabilidad de cuanto allí se dijo contra las cosas y personas liberales, como acepto la responsabilidad de cuanto he escrito en mi vida, porque, á diferencia de otros que conoce muy á fondo el *Rigoletto*, no tengo que borrar ni rectificar nada, gracias á Dios.

Por lo que toca á la vida privada de los hombres públicos, pienso de tan distinta manera que el *Rigoletto*, que, por mi parte, si le conviene á sus propósitos zaranear la mía, yo se la entrego toda entera, desde que tuve uso de razón hasta la hora presente; y le digo esto, porque yo quiero reservarme también el derecho de juzgar á las personas públicas, en todos los actos de su vida privada que puedan darles ó quitarles la autoridad para desempeñar ciertos cargos.

La historia no conoce esos escrúpulos de monja, y á los héroes más grandes, como á los más grandes bienhechores del genero humano, los busca y los examina en su vida privada, delatando por igual sus virtudes y sus vicios. Cuando se trata de contemporáneos que ocupan determinadas posiciones, la crítica y el combate político hacen las veces de la historia, y tie-